

ble la conquista del reino celestial, Dios no lo hubiera fundado para los hombres.

Pero cuanto más grande es nuestra debilidad, más necesarios son los esfuerzos, la seriedad y la purificación. Si hombres fuertes y robustos han sostenido grandes luchas para lograr este fin, con mayor energía deben combatir los hombres débiles. Si los hombres puros no han tenido otro camino que el de la purificación para alcanzar la perfección, no hay esperanza alguna para los hombres impuros fuera de esta vía.

«Que el hombre débil marche, pues, con toda seguridad por el camino de los santos;—dice un alma santa—que, como ellos, pida á Dios la gracia particular de comprender su debilidad, las luchas que debe reñir contra sus enemigos, y la manera como debe combatir, porque aseméjase él á un guerrero armado de todas armas, cuyos ojos han sido vendados; en todas partes la naturaleza humana le suscita obstáculos; por todas partes paraliza sus esfuerzos». <sup>(1)</sup>

(1) Mechtild von Magdeburg, 6, 16 (lat. 1, 14).

## CONFERENCIA XVIII

### LA VÍA ILUMINATIVA

1. El horror á la paciencia y al esfuerzo es la razón porque se dan tan pocas virtudes perfectas.—La virtud tiene un enemigo formidable, la impaciencia. Imposible es no amar el bien y no querer ser perfecto. Si el querer y el obrar fuesen la misma cosa, no hay nadie que no estuviera ya mucho tiempo ha en la cumbre de la perfección.

¿Porqué, pues, no hay más que un número tan restringido de personas que logran la verdadera virtud, y, entre ellas muchas que retroceden después de haber adelantado tanto en el camino de la perfección?

Porque no estamos convencidos de que, para ser buenos, preciso es trabajar en serlo, y de que, para llegar á ser buenos, se necesitan tiempo y fatiga, valor y tenacidad.

Uno de nuestros poetas, verdadero evangelista de la llamada moral libre, es decir, de la moral sin religión, ha expresado esto de un modo algo simple y pueril:

«Si todas las magnificencias estuviesen reunidas en una flor de la pradera;—dice,—si todas las dulzuras estuviesen condensadas en una gota de rocío, cogería la primera ó sorbería la segunda, y esto me bastaría». <sup>(1)</sup>

Desgraciadamente,—no podemos disimulárnoslo—el poeta que se las ha arreglado tan bien para reunirel jugo de todas las flores del libre pensamiento antiguo y moderno, oriental y occidental, en una gota de agua límpida y dulce, desgraciadamente—decimos—este brahanán moderni-

(1) Rücker, *Gedichte*, (1841), 18.

zado ha expresado en algunas líneas el modo de ver de la mayor parte de la humanidad.

Aquel negro que pidió á Livingstone una medicina para poder sorber de un solo trago la virtud, y poseerla en seguida, tiene muchos imitadores entre los blancos civilizados, como lo hemos visto en otra parte. <sup>(1)</sup>

La doctrina protestante de la supuesta justificación por la fe, doctrina según la cual sólo tiene una necesidad de apropiarse los méritos del Redentor para quedar instantáneamente justificado por siempre jamás, no es otra cosa que la invención de un medio maravilloso de la especie que reclamaba el negro. Su mejor efecto consiste en esas crisis y en esos calambres de los metodistas y pietistas, en que el hombre se debate contra Dios, hasta que de repente adquiere la certeza de su justificación. <sup>(2)</sup>

Errores son estos que, á causa de la austeridad de su aspecto, inspiran todavía cierto respeto, ó mejor, compasión.

Pero el Humanismo moderno quisiera lograr jugando este mismo resultado, si no es que llega hasta esperar milagros.

De aquí todas esas invenciones pedagógicas actuales, destinadas á hacer sabios sin trabajo. De aquí esa ligereza con que quisiéramos abandonar nuestras obligaciones religiosas y morales.

Los mandamientos de la Iglesia, que exigen la sumisión, y aun pequeños esfuerzos personales para observarlos, parece que ya no están conformes con el tiempo. Con nuestro amor á las comodidades, creemos que es suficiente asistir de vez en cuando á un sermón que regala nuestros oídos, á una ceremonia religiosa que lisonjea nuestros sentidos. Pero si, además, aparecemos el domingo en la iglesia con un libro magníficamente encuadernado y que exhala agradable olor, si, por Pascua, nos resignamos á tomar el amargo remedio de la confesión, creemos haber merecido el honroso título de cristianos modelos.

(1) V. Vol. II, Conf. XXI, 1.—(2) Véase más arriba, IV, 4, XVII, 8.

**2. El trabajo constante que sobre sí mismos hacían los santos.**—Aquí, igualmente, la conducta de los santos contrasta notablemente con el espíritu del mundo.

No han esperado que Dios hiciese milagros en ellos; no han poseído remedios encantadores, secretos, que pudiesen transformarlos en otros hombres; y si han llegado al camino de la perfección, no lo han debido á una feliz casualidad.

No, ellos mismos se han puesto al trabajo con valor y perseverancia; han empezado seriamente y han continuado con constancia. Y así es como, según las breves pero completas palabras del Salvador, han acabado por cosechar frutos de santidad mediante la paciencia. <sup>(1)</sup>

Para representar esta empresa de los santos, que es también la nuestra, nada mejor podríamos hacer que tomar la descripción de ella de una magnífica visión de santa Rosa de Lima.

Poco tiempo después de haber vestido el hábito religioso, vió ella á un hombre de una hermosura maravillosa que llevaba el traje de escultor, y que la pidió en matrimonio. Consintió ella; pero apenas se hubieron celebrado los desposorios, cuando partió él. Con todo, antes de su partida, la encargó que tallase y puliese cierto número de bloques de mármol. Cuando volvió, aun no había acabado su tarea. Mostró por ello gran confusión, y se excusó diciendo que no estaba habituada á un trabajo tan rudo, que sabía muy bien hilar el lino y la lana, pero no tallar piedras.

—¿Crees tú que seas la única mujer obligada á hacer un trabajo semejante?—le respondió él.

Y, diciendo estas palabras, abrió las puertas de un inmenso taller en el que había multitud de jóvenes ocupadas en rudos trabajos. En lugar de la aguja, manejaban el cincel y el martillo, y en vez de lana, tenían ante sí grandes bloques de piedra que golpeaban y pulían con admirable celo. Y á fin de acelerar el trabajo y de que las piedras fuesen más brillantes, regábanlas á menudo con sus lágrimas.

(1) Luc., VIII, 15.

Sin embargo, todas aparecían engalanadas con sus vestidos de fiesta, y no las ensuciaba el polvo, antes bien, parecían iluminadas de una belleza sobrenatural.

Entre las piedras que tallaban, muchas no estaban terminadas, pero gran número de ellas estaban trabajadas con tanta finura y delicadeza, que no mostraban el menor defecto. <sup>(1)</sup>

No es posible pintar por modo más bello la empresa del hombre.

En la escuela de la perfección cristiana, cada cual es educado para que se convierta en escultor, no en peón ni en artesano, sino en artista que practica libremente su arte.

Cada uno tiene asignado un bloque de mármol, al que debe convertir en obra maestra digna de figurar más tarde en la gran exposición de los pueblos, y de ocupar en ellos un punto distinguido. Este bloque de mármol es su propia naturaleza, piedra preciosa llena de ángulos, de rugosidades, de elementos extraños, y muy difícil de trabajar.

¡Cuántas gotas de sudor, cuántas lágrimas hay que derramar hasta que se realice la tarea impuesta! Pues bien, esta tarea consiste en hacer de esta piedra en bruto una obra maestra que se asemeje á toda perfección, á Jesucristo. Ciertamente es éste un trabajo noble y sublime, pero, hay que decirlo, un trabajo muy difícil.

**3. Por más de que la verdadera perfección sea posible, la completa perfección no lo es.**—Según esto, es, pues, fácil de comprender por qué los más grandes artistas, los mejores discípulos de Jesucristo, casi nunca llegan al fin de su empresa, si no trabajan sin cesar en perfeccionarse y hacer nuevos progresos.

El profano que entra en el taller de un verdadero maestro, no tiene palabras suficientes para expresar su asombro. Por el contrario, el artista es el último en darse por satisfecho de sus creaciones. Sólo las gentes de mediano

(1) Hansen, *Vita S. Rosæ Lim.*, 10, 134 y sig.

talento, los perezosos, los sabios y los escritores llenos de vanidad, que se proponen, no la perfección en el arte, sino las alabanzas de la ignorante turba, se lisonjean fácilmente de haber realizado algo de perfecto.

Para los verdaderos hombres de talento, las alabanzas que se les prodigan no son más que nuevo motivo para que examinen con más detención sus trabajos; y apenas lanzan sobre ellos una mirada, cuando se sienten impulsados á retocarlos para hacerlos todavía más perfectos.

¡Qué extraña contradicción para los grandes espíritus! No pueden disimularse que en ellos y en sus obras hay algo de extraordinario. No obstante, á menudo corren el riesgo de caer en cierto desaliento, porque jamás llegan á realizar su ideal. Sienten que se cubre su rostro de legítima cólera cuando alguien les dice que debían no tomar á pechos su talento y sus éxitos, y cuidarse más de sí mismos. Á pesar de esto, se lamentan, por otra parte, de que su frágil edificio va á hundirse al peso de la empresa que les impone su espíritu.

Lo mismo ocurre con la obra maestra de la perfección humana.

En este terreno, la débil caricatura de la perfección cristiana, llamada *pietismo*, nos aparece como un malbaratador y un chapucero.

De ello nos ofrece la prueba por el doble error que enseña. <sup>(1)</sup>

Desde luego con su supuesto *terminismo*. Así es como designa su opinión, según la cual pretende que el hombre está limitado desde el punto de vista del tiempo y de la medida, lo mismo en materia de virtud que de gracia. Si ha usado de la medida de la gracia, no hay ya otras para él. Si ha alcanzado la medida de la virtud, no puede ser más perfecto.

Esto está completamente conforme con la concepción protestante de la gracia y de la justificación.

Según ella, la justicia cristiana no es una adquisición.

(1) Herzog, *Realencyklopädie*, (2) XII, 419.

propia del hombre, sino sólo obra de la gracia divina. Además, considera á la gracia como algo muy distante del hombre, no como una actividad de Dios en el hombre, ni una actividad de concierto con Dios, sino como una obra divina mucho tiempo ha acabada y completada en él, ó como un fruto maduro de la obra de la redención, conservado en una despensa y que el hombre mete sencillamente en el bolsillo de la fe, como se guarda una manzana ó una moneda.

Así se comprende fácilmente el error que acabamos de mencionar. Posee uno tantas monedas como recibe. Si, pues, la gracia de Dios lo es todo, y la actividad humana nada, y si, además, la gracia es una cosa estéril como el dinero,—y esto es lo que dice el protestantismo—el principio del *pietismo* no puede ser más natural.

En estas condiciones, le sería difícil evitar su segundo error, el supuesto *perfectismo*.

Sin duda que es ya una suposición audaz el creer que el hombre puede lograr, ya aquí bajo, una perfección verdaderamente exenta de faltas, como lo admite esta falsa doctrina. Sin embargo, si, como lo enseñan los protestantes, no se trata de la apropiación de la virtud humana, sino exclusivamente de la justicia propia del Cristo, que nos es imputada en lugar de nuestras obras, nada podría decirse de más elevado en lo referente á la virtud del justificado, ni nadie debe hallar exagerada la afirmación de que el hombre puede llegar á un grado tal, que se muestre inaccesible á las tentaciones.

Mas estas opiniones son falsas y perniciosas. La justicia del hombre no es la justicia por la cual Jesucristo mismo es justo y santo, sino que es esa justicia por la cual nos santifica según la medida de nuestra participación en los dones del Espíritu Santo, y de nuestra propia colaboración con Él. <sup>(1)</sup> Aunque nadie pueda ser justo sin la gracia de Dios, ésta no da á nadie ni la justicia ni la santidad sin la actividad de la propia voluntad.

(1) Conc. Trident., *sess. 6, cap. 7.*

La virtud cristiana es sin duda, de un lado, un don de Dios, pero, de otro, es obra del hombre, por consiguiente, una adquisición verdaderamente humana.

Dedúcense de aquí dos consecuencias.

Como la virtud no tiene únicamente su punto de partida en el hombre débil, sino igualmente, y esto en primer lugar, en la gracia de Dios, puede perfectamente ocurrir que, ya aquí bajo, se eleve ella á la altura de la verdadera perfección.

No hay, pues, ni imposibilidad ni injusticia por parte de la Revelación, cuando exige que aspiremos á nuestra propia perfección, <sup>(1)</sup> por que no sólo ésta es posible, sino que, de hecho, es realizable. <sup>(2)</sup>

Con todo, como, á pesar de la gracia, su realización depende del hombre, debe necesariamente compartir la suerte de todas las obras humanas. No hay ningún ser creado, por perfecto que sea, que no pueda llegar á ser más perfecto, ni nadie es tan justo, que no le sea posible y necesario llegar á ser todavía más justo. <sup>(3)</sup>

Aunque sea, pues, posible al hombre aquí bajo una verdadera perfección, jamás podrá llegar á un grado de santidad tal que no pueda y deba trabajar en aumentarla. <sup>(4)</sup>

**4. Deber de adelantar siempre en la virtud.**—De aquí resulta ese principio de la vida espiritual, en el cual con tanta frecuencia han insistido los santos y los maestros de la santidad, á saber, que el que quiere llegar á la perfección debe aspirar constantemente á progresar en esta vía.

En esta materia, no hay medida fija para el hombre, sino que siempre puede subir más alto. Nadie crea que la perfección tiene límites, porque su fin es Dios, la más ele-

(1) Gen., XVII, 1. Deuteron., XVIII, 13. Matth., V, 48. II Cor., XIII, 11.

(2) Augustin., *Sermo 159*, 1 y sig. Reguera, *Myst.*, l. 1, q. 11, n.º 1336 y sig. Schram, *Myst.*, § 15.

(3) Apoc., XXII, 11. Conc. Trid., *sess. 6, cap. 10.*

(4) Reguera, l. 1, q. 11, n.º 1321 y sig. Schram, § 17, 351.

vada perfección, y su modelo es Aquél en quien «habita la plenitud de la divinidad». <sup>(1)</sup>

Por consiguiente, nadie puede decir jamás que ha llegado al fin, mientras no esté cerca de Dios; por consiguiente, debe uno progresar hasta que llegue al mismo Dios.

La virtud del hombre aquí bajo tiene un objeto, pero no fin. <sup>(2)</sup> Por consiguiente, nadie es perfecto si no quiere llegar á ser más perfecto. Y lo que prueba precisamente que debe formar parte de los perfectos, es que aspira á una perfección mayor. <sup>(3)</sup> Los hombres perfectos que han llegado cerca de Dios, su fin, descansan en Él de sus trabajos; <sup>(4)</sup> pero los viajeros perfectos son únicamente aquellos que marchan constantemente hacia adelante. <sup>(5)</sup>

Nuestra perfección en la tierra consiste en un progreso continuo, <sup>(6)</sup> ó por lo menos, en un progreso que vuelva á reanudarse si lo interrumpe una caída. Jamás debemos detenernos. Nada de lo creado permanece tal como es. Sólo Dios puede decir: «Soy Dios, y no cambio». <sup>(7)</sup> Pero en nosotros, el cambio forma parte de nuestra naturaleza. <sup>(8)</sup>

Así, pues, cambiamos, ó para lo mejor ó para lo peor. Ó bien avanzamos, ó bien retrocedemos. <sup>(9)</sup> No avanzar, significa retroceder. <sup>(10)</sup> Desde que uno deja de avanzar, retrocede inmediatamente. <sup>(11)</sup> Si una vez tan sólo dice «bastante», ha dado buena cuenta de sí. Si alguien se detiene, permanece fijo en su puesto. <sup>(12)</sup>

(1) Col., II, 9.

(2) Bernard., *Ep.* 254, 2.

(3) *Ibid.*, 34, 1.

(4) Apoc., XIV, 13.

(5) Augustin., *Nat. et grat.*, 12, 13.

(6) Bernard., *Ep.* 254, 3.

(7) Mal., III, 6.

(8) Augustin., *Nat. boni*, 1. Thomas, 1, q. 9, a. 2.

(9) Bernard., *Ep.* 91, 3. Dorotheus, *Doctr.*, 12, 5 (Migne, 88, 1757, a).

(10) Leo M., *Sermo* 60, 8. Augustin., *Sermo* 169, 18; Ps. 69, 8. Bernard., *Ep.* 254, 4; 385, 1.

(11) Bernard., *Divert. serm.*, 35, 2.

(12) Augustin., *Sermo* 169, 18.

De aquí que el justo jamás crea haber alcanzado su objeto; pero, renovándose de día en día, <sup>(1)</sup> y progresando de virtud en virtud, <sup>(2)</sup> tiene constantemente hambre de justicia, <sup>(3)</sup> y dice con el Apóstol: «No pienso poseer la perfección, pero hago una cosa. Olvidando las cosas de atrás, y atendiendo sólo y mirando á las de delante, corro hacia el hito para ganar el premio á que Dios llama desde lo alto por Jesucristo». <sup>(4)</sup>

Vemos del mejor modo posible la importancia de este principio, cuando lanzamos una mirada al Hijo de Dios hecho hombre. No obstante ser Él incapaz de crecer en virtud, manifestó la plenitud de la sabiduría y de la gracia que habitaban en Él, poco á poco, del mismo modo que nosotros los hombres crecemos en el bien. Así es Él para nosotros el modelo más perfecto, no solamente desde el punto de vista de las virtudes que hay que practicar, sino desde el punto de vista de los progresos que debemos hacer en estas virtudes. <sup>(5)</sup>

Los santos han considerado los esfuerzos continuos para llegar á la virtud como una condición tan indispensable para obtener la perfección, que muchos de ellos se han obligado á hacerlos con votos formales, como lo leemos de San Andrés Avelino <sup>(6)</sup> de Santa Juana de Chantal <sup>(7)</sup> y de M. Olier, <sup>(8)</sup> el venerable fundador de San Sulpicio. Conocían al hombre, y por cuanto lo encontraban en sí mismo con sus debilidades y sus cobardías, quisieron ligarse con la promesa de no renunciar á sus progresos espirituales, porque sabían que, sin ellos es imposible alcanzar el fin de la perfección. Permaneciendo abandonados á sí mismos, temían perder mucho tiempo y gracias numerosas.

(1) II Cor., IV, 16.

(2) Ps., LXXXIII, 8.

(3) Matth., V, 6.

(4) Phil., III, 13.

(5) Luc., II, 52. Cf. Thomassin, *De Incarnat.*, l. 7, c. 6.

(6) Benedict. XIV, *Compendium vite S. Andreæ Avell.* (*Canonis. Sanct.*, I, *Append.* 7).

(7) Bougaud, *Histoire de sainte Chantal*, I, 531.

(8) Guérin, *Les petits Bollandistes*, XV, 227.